

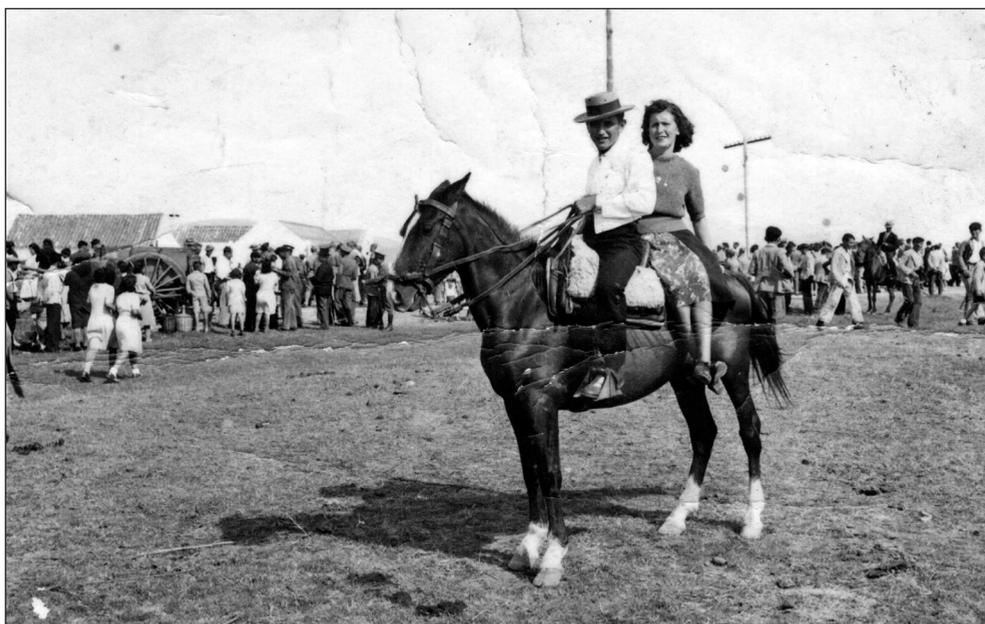
## Tiempos inolvidables

Sebastián Álvarez Cabeza

**M**i admirada amiga Yayi me pide colaboración para la revista Aljaranda, concretamente para el espacio Nuestra Memoria. En mi corto entender he deducido que se trata de atraer a mi memoria algo que en su día fue importante y que por cualquier motivo perdió actualidad, ya sea un personaje, episodio o territorio.

Por mi edad conocí una forma de vida muy distinta a la que tenemos en la actualidad, desde métodos de educación, sistema político, carencia de servicios, formas de trabajo, comportamientos, cultura, diversión, etc. etc. También perviven en mi memoria personas que merecen reconocimiento por distintas circunstancias, pero algo más natural me ha reclamado siquiera unas palabras que evoquen su presencia en el devenir de una época.

Nací y crecí en Facinas, pueblo de marcado ambiente rural. Conocí la ausencia de agua potable en las casas y una central de teléfonos que servía de unión entre los tres o cuatro abonados de la aldea con el resto del mundo. La energía eléctrica sólo llegaba a las casas al anochecer y se marchaba a la hora prima. El resto de la noche quedaba a merced de velas, quinqués, mariposas o periquitos. Sirvan estos ejemplos



*Figura 1.- Romería de San Isidro a Tahivilla. Años 40 siglo XX.*

como referentes de un medio de vida de lo más elemental, cada uno de ellos lo suficientemente significativo para desenterrarlo de la memoria y dedicarle un capítulo completo, pero han sido otros los que han reclamado su protagonismo para ser rememorados. Me refiero a los animales que acompañaron a los hombres del campo en las faenas diarias. De los tiempos que evoco, la tierra se araba con bueyes, los desplazamientos se hacían a caballo y los transportes en burro, eso sin contar con los que aportaban su producto para alimentar a las familias.

Mi abuelo paterno poseía un molino harinero en la afueras. Allí moraba también su familia numerosa. Todos los días llegaban reatas de caballería desde las distintas cortijadas de la campiña cargadas de trigo para su molienda. Antes, este fruto necesitó de otras faenas, desde la siembra hasta la trilla, pasando por la siega. Los bueyes se encargaron de obedecer arrastrando las rejas que horadaban la tierra donde se depositaría la simiente. Bueyes

serían también los que tiraban de las carretas desde el sembrado con los haces para que cuadrigas de caballos, burros o mulos, lo trillaran para despojarlos de paja y forraje. Caballos enjaezados servían a los mozos para acudir a fiestas y ferias donde encontrarían a las que en el futuro serían madres de sus hijos y compañeras de fatiga.

En el molino de mi abuelo había toda clase de esos animales domésticos, y además dos burros y un caballo. En un lugar preferente de mi memoria han permanecido estos tres personajes. Con el burrillo negro, aquel que formaba pareja con el tío Joselito, un cordobés que apareció por estas tierras huyendo de algo o de alguien, me mandaban mis tíos a subir harina a las panaderías del pueblo. También lo aparejaban y colocaban las aguaderas para acarrear cántaros de agua desde la fuente que había al coronar la cuesta. Era el burrillo negro un Platero de otro color, pero tan vivaracho y peludo como aquel. Cuando no trabajaba, mis primos y yo, rogábamos al tío Joselito que nos paseara montados en él. Lo hacíamos trotar y reíamos juntos. Nos agarrábamos a sus orejas y cruzábamos arroyos con lunas que también él sabía hacerlas pedazo. Era nuestro amigo y nuestro juguete. Crecimos juntos y hasta llegamos a compartir algunas travesuras.

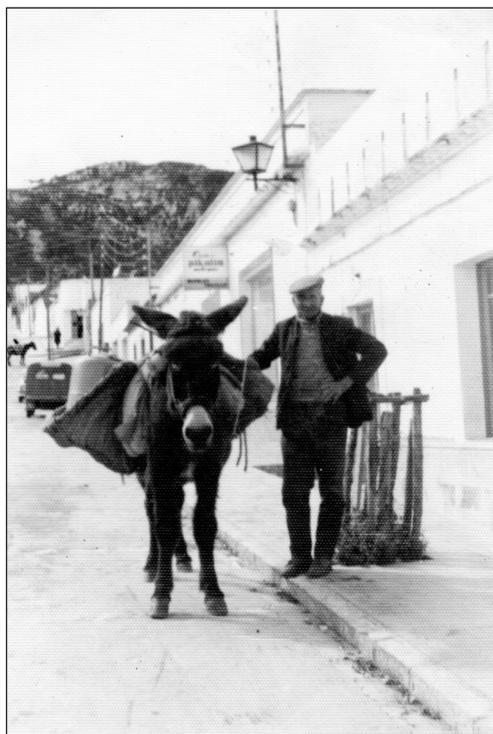


*Figura 2.- El caballo como medio de transporte. Facinas. Años 40 siglo XX.*

El burro Perico era viejo, grande y de pelo blanco. El peso de los años lo hacía caminar lento y despreocupado. Se le notaba triste, quizá arrastrara algún desengaño amoroso, pues nunca conocemos las historias sentimentales de los animales. Era utilizado para tareas que no precisara de urgencias. En él montábamos a los más pequeños, confiados en su mayor sosiego. Era el utilizado para acarrear las boñigas de las vacas que moteaban secas por el campo: luego se utilizaban como combustible para calentar el agua en las matanzas en aquellas mañanas de coñac a hurtadillas.

El caballo Mimoso era negro y de avanzada edad. Sumiso y cariñoso como ningún otro animal vi nunca. Lo utilizaban aquellos familiares menos hábiles y más pesados. Sólo montados en él permitía mi abuelo que acudiéramos los niños a la feria de ganado, donde nos paseaba entre jóvenes corceles sin avergonzarse de su parsimonia. Lloramos su desaparición a manos de unos cuatrerros. Fue buscado sin éxito por toda la provincia. Durante mucho tiempo nos preguntamos cual fue su destino.

Doy fe de que todos esos animales ayudaron a muchas familias a soportar una época de precariedad. Hoy son máquinas, vehículos o diferentes mecanismos los que realizan esas faenas, soportando mayores pesos y reduciendo el tiempo, pero no han conseguido hacerse querer como aquellos.



**Figura 3.-** El Burro. Compañero del hombre en el mundo rural. C/Merced, Facinas. Años 60 siglo XX.